

El hambre sevillana de Alexandre Dumas

A mediados del siglo XIX, Alexandre Dumas visitó España poseído del mismo estupor con el que hoy visitaría Namibia y levantó un curioso inventario en el que destacaron los maravillosos bailes andaluces y la teratológica gastronomía española. Y conste que todavía no existía Ferrán Adriá

POR FERNANDO IWASAKI

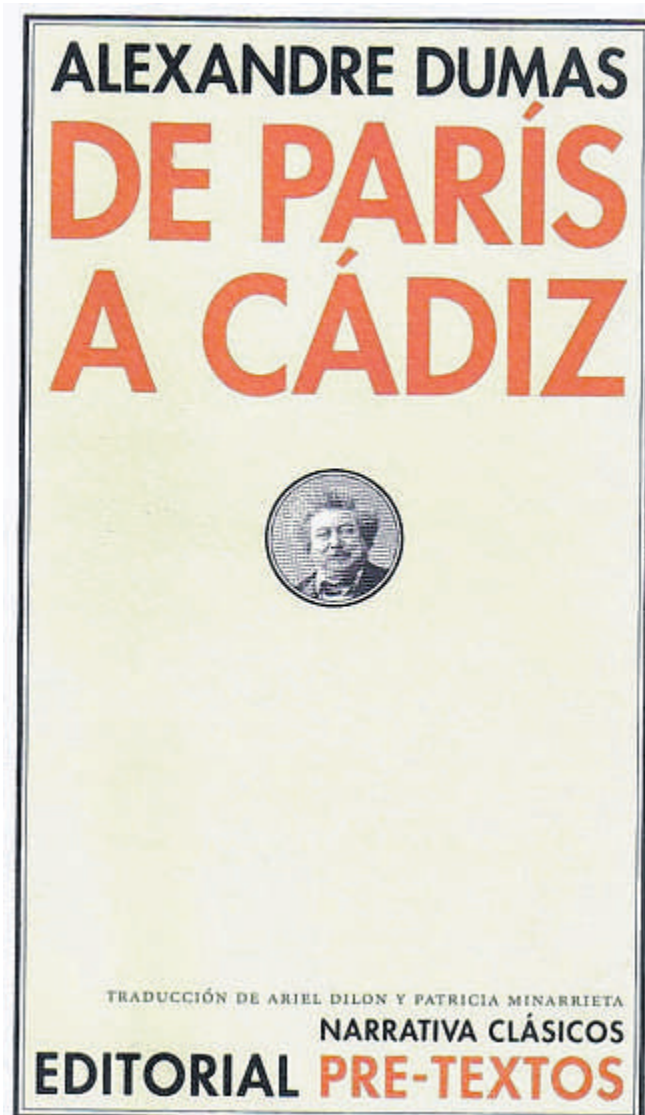
En 1846, el gran novelista, ilustrado y librepensador Alexandre Dumas recorrió España de extremo a extremo. Sus memorias, reflexiones y perplejidades trashumantes fueron recogidas en *De París a Cádiz. Impresiones de voyage* (París, 1940), donde anotó cuanto le llamó la atención como aventurero, estudioso de la historia y —¡ay!— también como *gourmet*. ¡Qué malamente comió Alexandre Dumas en España! Todo le pareció sucio, desabrido, grasoso y repelente. Según el Doctor Thebussem, Dumas tuvo que comer en ventorros inenabarrables y fonduchas urgidas de bicarbonato y desinfectante, pero lo cierto es que cualquiera habría tenido el mismo reparo si alguien nos hubiera preparado un puchero en la misma olla donde bebieron las mulas y aprovechando el agua que dejaron los bichos.

Célebre, leído y famoso, Dumas recorrió España en olor de

multitud, pues en todas partes lo recibían nada más llegar; le abrían los mejores teatros y mataban toros en su honor. A Sevilla arribó procedente de Córdoba y en medio de una lluvia apocalíptica («El diluvio universal era un chubasco en comparación con lo que sucedía entre el cielo y la tierra, por la ruta de Córdoba a Sevilla, ayer miércoles 7 de noviembre de 1846. Eran torrentes de agua, con acompañamiento de truenos y relámpagos como nunca he visto ni oído»), pero en Alcalá de Guadaíra le aguardaba un coche enviado por el Marqués de Águilas «para que hiciese en la capital de Andalucía una entrada digna de él».

Mientras entraba a la ciudad por la puerta de Carmona, Dumas contempló la Giralda y anotó: «hay pocas amantes de rey, e incluso pocas amantes de poeta, a quienes se haya dedicado tantos versos como a esta sultana de granito, esta hermana del álgebra, esta hija de Jabir llamada la Giralda». Sin embargo, cuando supo que el Giraldillo era una veleta escribió arrebatado: «es maravilloso ver girar en un rayo de sol esa figura de oro con las alas desplegadas que, como un pájaro celestial cansado por una larga carrera, parece haber elegido para descansar por un momento el punto más cercano al cielo». Pero Dumas había llegado hambriento a Sevilla y cuando se instaló en el Hotel de Europa de la calle Sierpes se encomendó a todos los santos de la buena mesa: «Nuestro hospedero se llamaba Rica. Ese apellido, de origen italiano, me infunde algunas esperanzas alrededor de la comida».

¿Tan mal se comía en Sevilla a mediados del siglo XIX? Después de ser agasajado en un café sevillano Dumas sentenció rotundo: «En España, la comida es una especie de deber que se lleva a cabo para la propia conservación, y nunca un placer». Para empezar, a Dumas le incomodaba que cada comensal no tuviera su propio vaso y sus propios cubiertos. Asimismo, ciertas costumbres le resultaron chocantes («El andaluz, en el año de gracia de



Cubierta de la edición española del viaje andaluz de Alexandre Dumas

1846 y en el año de la hégira de 1262, sigue siendo tan árabe como un árabe. El andaluz no come, pues, sobre una mesa, sino sobre un taburete. Cuando se quiere comer sobre ese taburete, hay que sentarse en el suelo», algunos sabores insoportables («Yo no conocía más que dos cosas por las cuales nunca pude superar mi repugnancia: las habas de huerta y los macarrones. El capítulo de mis antipatías se enriqueció hoy con un nuevo artículo, y ese artículo son las olivas de Sevilla») y ciertas carencias irreparables («el aceite es imposible y el vinagre inexistente»).

No obstante, como no sólo de pan vive el hombre, Dumas descubrió en los bailes andaluces y en los cafés cantantes una inédita fuente de inspiración: «Las danzas españolas no son ballets, Madame, son lisa y llanamente danzas, ¡y qué danzas! Poemas enteros, representados no sólo con las piernas, sino con los ojos, los labios, las

manos, con todo el cuerpo». Aquellos bailes dionisiacos que no eran todavía coreografías flamencas, impresionaron la sensibilidad parisina del autor de Los tres mosqueteros: «la danza es un placer para la bailarina misma, por eso danza con todo el cuerpo; los senos, los brazos, los ojos, la boca, las caderas, todo acompaña y completa el movimiento de las piernas. La bailarina piafa, da golpes de pies, relincha como una yegua en celo; se acerca a cada hombre, se aleja, vuelve a acercarse, cargándolo con ese fluido magnético que surge a raudales de su cuerpo caldeado por la pasión. Entonces, usted comprende, Madame, esos hombres que sienten aproximarse a ellos este vivo efluvio de placer, esos hombres se contagian la fiebre de la bailarina, la comparten, y a su vez, devuelven en bravos, en aplausos, en gritos, esa llama que los quema. Se habla de los sueños del opio y de las divagaciones

del haschisch; yo estudié los unos y seguí las otras, Madame, nada de todo eso se parece al delirio de cincuenta o sesenta españoles aplaudiendo a una bailarina en el desván de un café de Sevilla».

¿Cómo se llamaban esos bailes que sedujeron a Dumas? El escritor alucinado tomó debida nota: el «Olé», el «Vito» y los «Fandangos». A la distancia, el más jondo de los tres se me antoja el «Vito»: «Si ignoraba lo que era el vito, Madame, a los primeros compases de la guitarra, a las primeras notas del músico, lo vi y lo aprecié de inmediato. El vito es un pataleo que comienza con la indolencia de una mujer que se aburre, que va aumentando luego con la impaciencia de una mujer que se irrita, y que redobra por último con la furia de una mujer en pleno delirio. Ese pataleo tiene algo de convulsivo; sería comprensible que la bailarina cayera muerta al final de semejante danza. Es una danza indescriptible; nada puede dar cuenta de ella, ni la pluma ni el pincel: la pluma no tiene el color, el pincel no tiene el movimiento. Esos quiebros de caderas, esos vuelcos de cabeza, esas miradas de fuego, de los que sólo son capaces esas hijas del sol que son las andaluzas, no pueden contarse ni pintarse. Además, hay algo notable y que difícilmente podrá creerse en nuestros climas del Norte o de Occidente, y es que todos esos movimientos extraños, desconocidos, inauditos para nosotros, son voluptuosos sin ser libertinos ni por un instante, como una estatua griega puede estar desnuda sin ser indecente».

A punto de partir hacia Cádiz, Dumas caló a los sevillanos en tres detalles. A la hora de pedir («Cada pueblo mendiga con la expresión de su espíritu nacional... En Sevilla, ciudad alegre si las hay, el pobre pide limosna en nombre del placer; ese dios universal que cuenta tantos devotos como criaturas»), a la hora de mirarse el ombligo («En calidad de compatriota, cada sevillano amante de la pintura se cree obligado a tener o decir que tiene cinco o seis Murillos... En este sentido, solamente en Sevilla, hay aproximadamente tres mil Murillos») y a la hora de atender a los invitados («Si los sevillanos son para todo el mundo lo que han sido para mí desde mi llegada: en ese caso son los mejores hijos del mundo»).

Por eso estoy persuadido de que si Alexandre Dumas hubiera comido mejor en Sevilla, seguro se habría quedado.

«Se habla de los sueños del opio y de las divagaciones del haschisch; yo estudié los unos y seguí las otras, Madame, nada de todo eso se parece al delirio de cincuenta o sesenta españoles aplaudiendo a una bailarina en el desván de un café de Sevilla»

«¿Tan mal se comía en Sevilla a mediados del siglo XIX? Después de ser agasajado en un café sevillano Dumas sentenció rotundo: “En España, la comida es una especie de deber que se lleva a cabo para la propia conservación, y nunca un placer”»